

## CIUDAD MUJER PRESENCIA

Rodrigo Garnica

Ciudad Mujer Presencia  
Aquí comienza el tiempo.  
O. Paz

Salgo del hospital rumbo al sitio donde va a ser la conferencia y me encuentro a María. También ella va a la conferencia. Se ofrece a llevarme en su coche, así que nos dirigimos al estacionamiento. María lleva un vestido de fiesta, un poco provinciano, azul pastel, con zapatos de raso, también de fiesta. Estoy a punto de decirle que no voy, que prefiero quedarme en mi cuarto leyendo, pero me distrae mi propia indecisión y ya estoy dentro del coche. Cuando me doy cuenta que María tiene hermosos muslos, los cuales tiene que mover continuamente para manejar, pienso que después de todo, vale la pena ir a la conferencia.

Conozco poco a María, cada uno vive su propio mundo y si alguno se muriera, el otro se enteraría un mes después. Somos simples compañeros de trabajo, creo que hasta nos simpatizamos. Lo que no me perdono es no haberme dado cuenta antes de lo hermosas que son sus piernas.

En el auditorio nos sentamos juntos, lejos de otros conocidos nuestros. Al final de la clase oigo los aplausos y las felicitaciones; es cuando me entero de que aquello ha terminado. Quiero volver con María, en su coche, seguirla viendo, así que busco la manera de regresar con ella. Además, ella misma se ofrece, llena de educación y simpatía a volver conmigo.

De regreso siento hambre y le digo a María que por qué no llevamos algo de comer al hospital y allí cenamos. Acepta y buscamos un restorán abierto. Luego dice que las hamburguesas del *Burguer-Boy* son muy buenas. Pasamos por un *Vips* y le propongo que cenemos allí, le digo que es caro y feo, pero de mucho mundo. Ríe y acepta. Su risa me envuelve de una manera súbita, ilógica, para después dejarme salir de ella suavemente.

Mientras cenamos habla mucho; aunque está de muy buen humor, critica al *Vips*; dice que todos esos lugares son copia de restoranes gringos, que los gringos son como una infección que se nos está haciendo crónica, que nos tienen en un puño y etcétera. Al final dice que detesta a los gringos; no se enoja, lo dice como algo que no tiene remedio, como si rápidamente quisiera hablar de otra cosa. Apenas si la escucho: estoy pensando en una playa, en el mar y el sol, en una buena borrachera que estoy necesitando; en una imposible mujer de cabellos largos, desnuda y cachonda que me está llamando a gritos desde el fondo de la noche oscura. María se da cuenta de que no la escucho y calla, con su expresión de persona educada que ofrece su dignidad entera aun cuando la ofenden. Le pido disculpas, ella se hace la sorprendida y pregunta que por qué. Nos miramos un momento, después reímos. Es la primera vez que la *miro* y se lo digo:

—¿Sabes de qué es sinónimo mirar? . . . De admirar, contemplar, examinar, observar, . . . pero no de ver. Te estoy mirando.

Queda callada un rato largo. No sé si entiende. Cuando vuelve a hablar dice que siempre le he parecido un tipo extraño; en un tiempo —sigue— pensó que era bastante tonto, o que trataba de parecerlo, quien sabe para qué, pero que al ver mi rendimiento en el trabajo cambió de idea; después de eso, tiene la impresión de que soy, hasta cierto punto (duda un momento), diferente. Inmediatamente cambia de tema. Me habla de su novio, de su próximo matrimonio, mientras yo me pierdo nuevamente en los cristales nocturnos del restorán. Después me pregunta si ya podemos irnos.

Salimos a una noche tibia, con un ligero viento que da sobre nuestras caras refrescándonos un poco. Subimos otra vez en el coche de María. Pongo el radio y escuchamos música moderna. Como siempre, es ella la que habla; me cuenta algunos sueños que ha tenido, me pide que la ayude a interpretarlos; le contesto que no sé nada de interpretación de sueños y siento que se impacienta un poco. En algún momento comenta que hace mucho que no baila y le gustaría hacerlo. Parece una insinuación, pero no la tomo como eso, porque sé que no sería su forma de abordar las cosas; al menos eso es lo que pienso de ella. Prefiero no darle importancia a lo que dijo y no hago ningún comentario.

Sin darnos cuenta, llegamos al hospital y detiene su coche en el estacionamiento. Seguimos hablando, citando libros y autores; ahora yo también intervengo, tratando de mostrarme simpático. Son como las once y aún no bajamos del coche. “Somos los dos y muchos más que estamos en busca de demasiadas cosas”, ha estado diciendo María; “buscando nuestra propia realidad, nuestra verdad; tratando de resolver los problemas de nuestra generación, esa generación por la que llora la amiguita de Charlie Brown”, sonrío. Habla también de tecnología, de enajenación y por supuesto de una magna revolución que nunca llega.

La sigo, pensando que es cierto todo lo que dice, pero es entonces cuando comprendo que son palabras; de paso entiendo por primera vez lo que es la literatura. Siento que yo le hago el juego a ella, ella a mí y los dos juntos a los demás. Pero entre tantas palabras y tantas citas, vislumbro una sola posibilidad, absurda y descabellada, pero concreta: En medio del discurso de María —en medio, también, de la noche y de esa soledad que nunca nos deja solos— le propongo que volvamos a salir del hospital. Me mira extrañada mientras pregunta para qué. Es obvio, pero se lo explico: “Para partir por la millonésima vez y forjar en la fragua del espíritu, etcétera. . .” Cito y espero su reacción. Parece no comprender. Me doy cuenta, entonces, que estoy más solo de lo que suponía; también entiendo que, como siempre, la soledad me viene por exigir demasiado conocimiento de mí por parte del otro. Concretamente le digo que se trata de romper el intrincado edificio de nuestra razón con actos fugaces, como guerra de guerrillas dentro de nosotros, hasta llegar a nuestra revolución. Le propongo que salgamos del hospital, sigamos la avenida grande que pasa como a cien metros de donde estamos y, siguiendo hacia el sur, nos detengamos hasta llegar al mar. Ríe, pero no me cree. Entre otras cosas dice que son métodos de seducción. Es cierto. Me ofrezco a manejar para que se dé cuenta que no bromeo. Acepta.

Salimos del hospital, siguiendo por la avenida grande, efectivamente hacia el sur. Es media noche y las calles están desiertas, así que acelero libremente, con el secreto deseo de llegar a alcanzar suficiente velocidad para elevarnos. Cuando llegamos al sitio donde se inicia la carretera a Cuernavaca, María pone una de sus manos en mi hombro y me pregunta si hablaba en serio. —Sí— le digo.

Creo que en cualquier momento se va a arrepentir, que me va a pedir que dé la vuelta; pero en vez de eso queda callada y tensa, silenciosa y como a la expectativa. Ya vamos en plena carretera cuando vuelvo a encender el radio, para hacer más suave el ambiente. Siento como que ella no sale aún de la sorpresa, no de que yo lo hiciera, sino de su imposibilidad para negarse.

El viaje es largo y a veces tedioso; se salva porque María habla continuamente. Prácticamente me cuenta su vida, pero desde dentro; en cada anécdota explica su subjetividad: “Me sentí muy mal” o “estaba muy enamorada” o “sufrí mucho”. Algo que me agrada es que no hace melodrama.

Corro para no romper el encanto; para que no perdamos ese entusiasmo que nos está llevando a algo. Me sorprende la rapidez con que estoy conociendo a María; Marías de todas formas y colores; tontas e inteligentes, desafiantes y tímidas. Recuerdo el poema de un amigo:

La sentí evasiva y cruel  
diletantemente vespertina  
y absolutamente perpendicular. . .

y estallo en una gran carcajada. Como María considera desproporcionada mi risa con lo que cuenta, siento su mirada extrañada sobre mí.

En una parte del camino bajamos para ver el cometa, pero no lo encontramos. Suenan cinco campanadas en la iglesia de un pueblo que acabamos de dejar atrás. Después seguimos, refrescados y despiertos, con la voz de María llevándonos a ambos nuevamente.

Al ir entrando al puerto escuchamos las gaviotas. Huele a mar en medio de la claridad grisácea que cubre el cielo. Llegamos hasta la bahía y descendemos del coche ya casi en la playa. Caminamos sobre la arena un trecho largo, hasta que me pide que nos sentemos a descansar. Tengo la súbita impresión de que no se me va a ocurrir nada; ni qué hacer ni qué decir. Pienso en esas películas en que una pareja se pasea en la playa; hay una toma de ella en cámara lenta, vestida con velos largos, el cabello suelto, corriendo alegremente, hasta reunirse con él y terminar en un abrazo fuerte que los hace rodar por el suelo. Después, recuerdo que hasta en los anuncios de televisión se ha usado esta imagen y siento un miedo súbito e intenso al ridículo. A pesar de todo se lo digo a María, que me pregunta si me estoy insinuando. No le contesto; prefiero suponer que me ha entendido; prefiero arriesgarlo todo, la noche con ella, su alegría, su compañía suave y estimulante; prefiero besarla y acabar por fin con las palabras. No me rechaza, aunque se resiste a abrazarme. Necesito más sus brazos que todos los besos que pueda darme, así que se lo pido. La siento indecisa, hasta un poco temblorosa; entonces la aprieto, la aprieto tan fuerte que llega a quejarse. Le digo que es parte de un sueño; que como el que está soñando soy yo, ella tiene que hacer lo que a mí me convenga. Quisiera que fuera, en estos momentos, una prostituta, sin dejar de ser ella; pero que fuera sin inteligencia, a la que se pueda tomar y dejar en cualquier momento, sin el menor compromiso; también sin hablar, sin explicarnos nada, ni tener que hacernos a la idea de que nos queremos, ser completamente entendido por ella, como si de pronto pensara como yo. Todo esto se lo digo también, en medio de un discurso confuso y atropellado, que yo mismo no comprendo muy bien.

Cuando nos separamos, María me dice que eso es lo único que no puede ser para mí: mi prostituta. Que ella sí cree en la Palabra (“En el principio fue el verbo” ¿te acuerdas?) y sigue diciendo muchas cosas más. Finalmente, me mira entre sorprendida y juguetona. Como ve que no contesto nada, me pasa un brazo por la cintura y me da un beso en la mejilla.

—Tengo hambre —dice— vamos a desayunar.

Caminamos otra vez por la playa, de regreso al coche.

—Tendríamos que empezar desde muy atrás —continúa diciendo—, aprender a sentir antes que a pensar; vencer todo el miedo que cargamos y, finalmente, entregarnos a una rabiosa práctica del amor, sin florecitas ni mariguana. Es demasiado complicado.

Admiro su inteligencia, pero detesto su racionalismo.

Estoy un poco abrumado; además no hemos dormido en toda la noche y comienzo a sentir sueño. Le digo entonces que queda prohibido hablar, que nos lo digamos todo cantando, como en *Los paraguas de Cherburgo*.

—O como en *Porgy and Bess* —contesta.

—O *West Side Story*.

—O *My Fair Lady*.

—O *Madame Butterfly*.

Etcétera, etcétera, etcétera.

